

La osa

A falta de media hora para las dos de un sábado de otoño, el parque de San Ginés se convierte en el punto en el que se entrecruzan los transeúntes que se dirigen a sus casas a preparar la comida, con los que aún están buscando un sitio para tomar el aperitivo. La jaula de Petra está integrada en ese parque del centro de la ciudad. Al pasar, algunos ven a la osa por primera vez, pero la mayoría, aunque ya la conozca, se para un momento a observarla cumpliendo un ritual, que se ha repetido durante los últimos quince años, desde que el animal llegó siendo aún esbardo.

—¿Por qué da vueltas todo el rato? —dice una niña entre el público.

Pues esa es la pregunta que suelen formular los pequeños después de observar a la osa Petra durante unos minutos. Los adultos normalmente conversan acerca de su historia o sus costumbres. Cuentan cómo fue rescatada después de que un furtivo matara a su madre a palos en Somiedo, o hablan de su dentición adaptada a una dieta vegetariana con cierto aire de autoridad científica. Pero la pregunta importante, la primordial para los chicos, es entender esa obstinación en recorrer el perímetro de la fosa de manera incesante, sabiendo que cada cuarenta metros volverá inexorablemente a su punto de partida.

—¿Pero por qué da vueltas todo el rato? —vuelve a preguntar la niña, mientras sostiene una muñeca con una mano, y señala a la osa con la otra.

—Nadie lo sabe, venga vámonos, que se está haciendo tarde para comer —le responde su madre con impaciencia.

—Porque es idiota —dice un chaval malencarado con aspecto de quinqui, mientras pone una sonrisa cínica y burlona—. Ya verás, le voy a hacer parar — añade a continuación, recogiendo una piedra del suelo.

Entre tanto, Petra se mueve a un ritmo lento y acompasado. Sus escápulas se definen alternativamente bajo el pelaje pardo oscuro, casi negro, y cabecea ligeramente mientras avanza arrastrando sus ciento cuarenta kilos con desidia, desprendiendo un tufo a sudor atenuado por el aroma de las pacas de heno apiladas en el centro de la fosa.

La niña observa al chico con curiosidad, atenta a lo que va a suceder. La monotonía del movimiento del animal empieza a aburrirle. A su alrededor, y también apoyado en la barandilla del foso, se despliega un pequeño grupo heterogéneo de niños y adultos.

—Deja al bicho en paz —grita un hombre que está entre el público—. Ha estado vigilando al chaval, y cree adivinar sus intenciones.

Petra permanece ajena a la discusión, y sigue manteniendo su movimiento, con la trufa y los ojos negros erguidos hacia el frente. Su fosa consiste en un espacio circular con un refugio en un lateral que le sirve para encuevarse. Algunos niños empuñan barquillos de caramelo, y le lanzan trocitos con la esperanza de que se pare a comer alguno al pasar a su lado.

—Hago lo que me da la gana —grita el chico mientras lanza con furia la piedra, que va a impactar contra el lomo del animal produciendo un golpe seco.

Parece que se ha parado la manecilla de un reloj. La osa se yergue sobre sus patas traseras cortas y poderosas y muestra claramente los dedos de las manos rematadas en garras recurvadas. El metro de altura en cruz se convierte

en el doble en estatura, y se escucha un gruñido lleno de ira, como un jadeo profundo, grave y prolongado. El público se queda petrificado ante semejante metamorfosis. El ser manso y resignado ha mutado en uno salvaje y lleno de ira. Aun así, el cambio es fugaz, y pronto recupera su aspecto y su cadencia ante el alivio de algunos y la decepción de otros.

—¡Pero es que no entiendo por qué no para de dar vueltas! —dice una vez más la niña con impaciencia.

—Porque busca la salida —le responde el hombre que ha increpado al chaval hace un momento.